

El discípulo y su testimonio en la iglesia

En la vida espiritual, el testimonio que reflejamos es la expresión pública y visible de una experiencia íntima y personal con Dios.

Cuando una persona conoce a Jesús y decide entregarle su corazón, experimenta cambios evidentes tanto en su vida interior como también en su entorno familiar, social, laboral, académico...

Si decimos que somos discípulos del Maestro, esa verdad debe ser evidente para quienes están a nuestro alrededor, incluyendo los miembros de la iglesia. Así como un niño crece y madura progresivamente en su ambiente familiar; un discípulo lo debe hacer en el ambiente espiritual de la iglesia, la familia de Dios. Por eso, en la medida que crece en fe y conocimiento, ese progreso debe ser visible también en el seno de la iglesia.

Como declara Elena G. de White: «El mejor argumento que el creyente puede presentar con respecto a su relación con Dios es la fidelidad en la observancia de los mandamientos, [...] y la única prueba para demostrar nuestra permanencia en Cristo consiste en reflejar su imagen. [...] En la medida que lo hagamos daremos evidencias de que hemos sido santificados por la verdad, porque la verdad estará ejemplificada en nuestra vida diaria» (*The Signs of the Times*, 28 febrero de 1895).

Aunque la salvación no es por las obras, nuestra fiel observancia de los mandamientos de Dios da un testimonio fidedigno de que somos verdaderos discípulos. Asimismo, la realidad de nuestra comunión con

Cristo se manifestará en la revelación de su carácter a través de nuestras palabras, actitudes y acciones.

Años después de su conversión, el apóstol Pablo hace una declaración contundente a los ancianos de la iglesia de Éfeso: «*Ustedes saben bien cómo me he comportado con ustedes todo el tiempo, desde el primer día que llegué a Asia*» (Hech. 20: 18, RVA15). El testimonio personal del discípulo Pablo no solo era fiel, también era conocido por los miembros de la iglesia.

Otro de los discípulos del apóstol Pablo, el joven Timoteo, recibió un consejo inspirado en la misma dirección: «*Sé ejemplo para los creyentes en palabra, en conducta, en amor, en fe y en pureza*» (1 Tim. 4: 12).

El discipulado cristiano no solamente tiene que ver con el conocimiento de las verdades bíblicas y el compartir la fe con los no creyentes, también se revela en la forma de conducirse, en las relaciones interpersonales y en el testimonio que damos entre los miembros de la iglesia.

«*¿Quién es sabio y entendido entre ustedes? ¡Que demuestre por su buena conducta sus obras en la mansedumbre de la sabiduría!*» (Sant. 3: 13, RVA15).

¡Dios nos llama a ser discípulos comprometidos con su obra y también a dar buen testimonio en dondequiera que estemos!

Pr. Christian Espejo,
presidente de la Asociación
Atlántica Panameña.